tilada; esa miel y leche, que tienes bajo tu lengua, las pondrás en mi boca, y podré así desmostrar que tú y el Pontificado sois huerto cerrado, fuente sellada, verjel delicioso.

Bienaventurado el dia en que la moral y la doctrina que emanan de esas dos cátedras se esparzan por el universo como aromas: *Fluant, fluant aromata illius.* Oriente pronto este dia ¡ó Dios. *Amen.*

CONFERENCIA SEGUNDA.

Introduccion.—Destino del Pontificado.—Puede venirse en su conocimiento por tres medios.—La verdad necesitaba un asiento en la tierra.—El Pontificado es la roca que JESUCRISTO estableció en medio de las tiranías y preocupaciones que constituian el paganismo.—El Pontificado es el centro de la economía social del que parten y en el que convergen la verdad y la santidad.—Él es el cerebro y las entrañas de la civilizacion.—Jesucristo lo estableció para que sostuviera la dignidad, cimentara la unidad, basara la ciencia y definiera la ley de los pueblos.—El cumplimiento de su destino es la verdad de la civilizacion.

I. El Cristianismo definiéndonos el Pontificado nos define *à priori* la civilizacion.—Sin el Pontificado es inevitable la tiranía ó la anarquía de las ideas, con él una y otra se hacen imposibles.—Admirable constitucion del Pontificado.

II. El Pontificado no solo restaura la dignidad humana, sino la unidad social.—Antes del Cristianismo apenas se conocia la *unidad.*—La idolatría, que era comun, es la negacion de la primera y fundamental unidad, que es la de Dios.—Importancia que JESUCRISTO dió á la unidad.—A los católicos nos conviene aceptar la lucha que en el terreno de la dignidad humana y de la unidad social nos libran los adversarios del Pontificado.—Semejanza de destino de María y del Pontificado.

III. Analogías entre la Concepcion de María y la del Pontificado.—Esta parte de discurso es dirigida especialmente á los que de veras creen, pues se apoya en hechos de la Biblia, libro que obtiene la confianza de los extranjeros al reino de Dios.—Gloriosos símbolos de la Concepcion y de los destinos pontificios en las cuatro épocas bíblicas de la creacion, de los patriarcas, de los jueces y de los reyes.—El Pontificado puede decir como María: *Ego ex ore Altissimi prodivi.*—Conclusion.

Como lo recordais, hoy debemos tratar de la semejanza de destino y concepcion del Pontificado con la concepcion y el destino de María. El asunto es importante y la materia abundantísima: tanto, que á fin de poder reducir lo principal de ella á los límites de un discurso, me decido á suplicaros me acompañeis desde luego á los piés de la *Inmaculada* para invocar su auxilio saludándola *llena de gracia.*

DIOS TE SALVE.

Hermanos: ¿cuál es el destino del Pontificado? Hé ahí una pregunta á la que puede responderse de tres maneras: primera, acudiendo á la autoridad de JESUCRISTO que le instituyó; segunda, analizando la naturaleza de la institucion; tercera, atendiendo al carácter de las obras por él mismo inspiradas y realizadas. Si es la escuela histórica la que nos pregunte, contestarémos señalándola los monumentos elevados por los siglos; si es la escuela filosófica, confiarémos la respuesta al análisis de la institucion, y si sois vosotros, hijos de la fe, hermanos mios, los que deseeis investigarlo, acudirémos á la divina palabra de JESUCRISTO: irémos á un mismo punto, y simultáneamente, por tres caminos: JESUCRISTO, la institucion, los siglos están acordes en que el destino del Pontificado es un supremo destino.

Supremo destino, ya que es nada menos que sostener la humanidad en la altura á que la elevó JESUCRISTO; destino que no es otro que el de ser trono, silla, asiento de la verdad. Sí, la verdad necesitaba un asiento en la tierra; pues sabeis que el que dijo: *Yo soy la verdad,* añadió un poco mas tarde: *Es preciso que vuelva á Aquel que me envió;* es que la verdad habia bajado de lo alto, pero con el objeto de visitarnos: *visitavit nos;* y una visita no es permanente. Nos visitó, *recorrió la tierra haciendo bien,* y se despidió de la tierra. No obstante, al subirse al cielo quiso dejarnos su espíritu. Pero ¿dónde podia dejar su espíritu vasto, infinito, aquel que no habia podido obtener ni un punto donde reclinar su limitada cabeza? Si JESUCRISTO no tenia dónde reclinar su cabeza *magullada,* ¿cómo podia obtener espacio para extender su espíritu *inmenso?* El paganismo lo habia invadido todo, su confusion todo lo dominaba, el aspecto del mundo era el de un diluvio universal de tiranías y opresiones; ¿qué podia fijarse en tan movedizo oleaje?

Sin embargo, al través de aquel mar de pasiones y sistemas, el soplo del Eterno hizo aparecer una *roca* á la que afianzó diciendo: Esta *piedra* tendrá por destino sostener la doctrina, la moral, la ley, que yo he predicado; esta piedra tendrá por destino sostener la Iglesia que yo he establecido para perpetuar mi espíritu; esta *piedra* tendrá por destino recibir y estrellar los embates de todas las olas y los ímpetus de todas las tempestades; esta *piedra* tendrá por destino reflejar la luz de la indeficiente verdad; esta *piedra* tendrá por destino aplastar las cabezas de las astutas serpientes que pretendan socavarla; esta *piedra* tendrá por destino ser la losa del imperio del orgullo, y servir de silla, de trono, de asiento á la justicia y á la sabiduría; esta *piedra* tendrá por destino ser la maestra de la ciencia de Dios y la directora de sus obras.

Justicia; sabiduría: tales son los dos polos del Cristianismo; justicia, sabiduría, que es igual á decir: plenitud moral en el corazon, plenitud científica en la inteligencia; que es igual á decir: santidad y verdad: hé ahí los dos elementos de vida social que parten y luego convergen hácia este grande centro de economía cristiana que llamamos *el Pontificado.*

Sí, JESUCRISTO constituyó al Pontificado centro de la economía cristiana; constituyóle para ser el cerebro y las entrañas de este cuerpo robusto y bien proporcionado que se llama *sociedad civilizada:* le constituyó sobrenatural regulador de las ideas y de los sentimientos; le constituyó para que sostuviera la dignidad, cimentara la unidad, basara la ciencia y definiera la ley de los pueblos.

Esta es la extension del destino del Pontificado: ¿comprendeis su importancia? Fácil os será reconocerla, aunque os hubiera pasado desapercibida, cuando os haya hecho ver que su cumplimiento constituye la civilizacion.

I.

En efecto, hermanos, la civilizacion no depende de otra cosa que del cumplimiento del destino del Pontificado, de manera, que el Cristianismo definiéndonos el Pontificado nos define *à priori* la civilizacion, y, recibidlo por via de anticipo, los enemigos de la Iglesia jamás han podido crear, ni podrán crear tampoco una civilizacion perfecta, porque emancipándose del Pontificado rechazan algunas cualidades integrantes de la civilizacion. Pero yo no quiero imponeros mis ideas. Vengo á sujetároslas en nombre de la razon ilustrada por el Cristianismo, y el Cristianismo accede gustoso á que os dé lo que deseais: deseais pruebas, creo poder dároslas.

Sin dignidad humana no hay civilizacion; sin Pontificado no hay dignidad humana. No la hay, puesto que sin él es indispensable la tiranía de las ideas ó la anarquía de las ideas; en uno y otro caso sucumbe la dignidad del hombre: si vence la tiranía de las ideas, sucumbe su dignidad, porque sucumbe su libertad; si es la anarquía de las ideas la que domina, sucumbe tambien su dignidad, porque la confusion le oculta hasta el último destello de la verdad; y sea que el hombre pierda de vista la verdad, sea que pierda el poder y la independencia para abrazarla y adorarla, ¿pensais que puede salvarse su dignidad? No lo penseis. Pues bien; estad seguros que sin el Pontificado la inteligencia del hombre ha de ir á parar ó bajo la tiranía ó en medio de la anarquía. Porque, desengañémonos, ó es la razon de un hombre la que dice á la razon de los demás: «Yo veo lo «que vosotros no veis, creedme bajo mi palabra,» y entonces tenemos un *racionalismo tiránico;* ó bien la razon de los maestros del pueblo es tan débil, que no tiene fuerzas para descubrir el criterio, superior, que indica la verdad, y se ve precisada á decir: «Guíese «cada cual con su luz,» y entonces tenemos un *racionalismo libre,* que quiere decir, tenemos al hombre metido en un laberinto de sistemas ajenos y de vacilaciones propias; tenemos al hombre viendo agitada é invadida su conciencia; tenemos en el reino interior del

hombre la guerra de la razon extranjera que niega lo que su propia razon afirma, y tenemos la guerra inestina en su misma razon, la cual arruina su propia dignidad afirmando hoy lo que ayer negaba, destruyendo mañana el sistema que hoy erige.

Fuera de la Iglesia católica ha acontecido siempre lo mismo: ó el hombre domina al hombre, y tiene lugar la tiranía, ó los hombres se desprecian mútuamente, y tiene lugar la anarquía.

Pero Dios no quiso condenar para siempre al hombre á tan funesta alternativa: bajó para salvar lo que habia perecido, y como la dignidad humana habia perecido, trató de echar bases sólidas para su conservacion en el porvenir. Hé ahí cómo:

Para evitar el despotismo de las doctrinas elevó la enseñanza: fundó una cátedra que ilustrara la tierra, sin que se apoyara en la tierra; cátedra á la que, á fuerza del *vapor de la virtud de Dios*, de que fue constituido depósito, debia ascender un hombre, quien por el hecho de ser ascendido á ella, habia de perder algo de su humanidad, y obtener algo de la divinidad: me explicaré.

Jesucristo llamó á un hombre y le dijo: *Tú te llamarás piedra; y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia; no te faltará la fe, porque yo pido al Padre que no te falte.* Serás piedra, le dijo, y con esto quitó al electo pontífice la volubilidad humana; serás piedra, así atestiguó que reunia las cualidades para ser fundamento de un edificio, cualidades que hasta entonces ningun hombre habia reunido. La humanidad era un mar, las obras humanas todo lo mas eran barcos que flotaban si no se hundian; pero desde el momento en que se dijo á un ser humano: *Tú eres piedra*, la humanidad supo que tenia un punto fijo y firme donde apoyarse sin vacilar; un punto que tenia la nobleza del hombre sin ciertas imperfecciones del hombre.

Jesucristo no dejó empezada su obra; la concluyó gloriosamente, continuando como si dijera: *Eres ya piedra, no eres ya voluble, á semejanza de los demás hombres, pero no eres todavía bastante, voy á concederte mas; te concedo que nunca puedas ser destruida por fuerza alguna, que nada pueda contra tí el error: yo estaré contigo, mi espíritu no te abandonará, las puertas del infierno no prevalecerán:* Serás infalible.

Serás infalible!!! ¿comprendeis toda la profundidad de esta palabra: *Serás infalible?* ¿puede ser esto? ¿No dijo Dios: *Omnis homo mendax?* En efecto: lo dijo y es exacto; mas Jesucristo dando la infalibilidad al Sumo Pontífice, significó que en cierto sentido el Sumo Pontífice es mas que un hombre, es una nueva especie de criatura moral que ha perdido algo de los defectos humanos y obtenido algo de las perfecciones divinas.

Admirable es la táctica de la Providencia en este asunto: así obedecer al Pontificado no es obedecer al hombre sino á Dios: así no es la inteligencia del Pontífice, sino la infalibilidad del Verbo, que la ilustra, la que enseña; así, ni el hombre se acata ante el hombre, ni

proclama la independencia de su razon, de modo que en el establecimiento del Pontificado desaparecen á la vez la tiranía y la anarquía: la tiranía, porque las doctrinas que bajan de él son las del autor de la libertad; la anarquía, porque las doctrinas que bajan de él son las del centro de la unidad.

Colocado en este punto de vista, decia un dia el P. Lacordaire: «De todas las esclavitudes la mas dura, la mas funesta en sus efectos es la de la inteligencia. Pues bien, la inteligencia es esclava toda vez que está sometida á superioridades individuales, y lo está á ellas siempre que la razon se forma por la enseñanza, y cuando todos los hombres, sin excepcion, están sometidos desde el principio á una autoridad humana. El pueblo, esto es, la inmensa mayoría del género humano queda invenciblemente sujeta al yugo de su educacion primitiva, y hasta los hombres que se llaman ilustrados obedecen á lo menos á la enseñanza de su país y de su siglo. ¿Cómo, pues, se compondrá el hombre para sacudir esta servidumbre? ¿qué recurso le queda para obtener la libertad á su talento? Dos: ó que piense por sí mismo, lo que solo Dios lo alcanza, ó si está persuadido que para pensar necesita una enseñanza, no hay otro arbitrio aquí abajo que tener una autoridad que represente la inteligencia infinita de Dios, y que comunique á cada cual el pensamiento divino por medio de una enseñanza divinamente establecida [1].»

En vista de esto ya puedo apoyarme en el P. Lacordaire para afirmar que el destino del Pontificado es ser indefectible vínculo de la sabiduría social: su reino es el de la sabiduría, porque es el de la infalibilidad. La felicidad humana puede realizarse partiendo de esta base, ya que ella cumple la hipótesis de Platon, formulada en estas palabras: *Beatas fore respublicas, si vel sapientes eas regerent, vel earum rectores sapientiæ studerent.*

No discurramos mas acerca el particular: volvamos la atencion á otra parte del destino pontificio, porque el Pontificado además de restaurar la dignidad humana restaura la dignidad social. ¿Y cómo? por medio de la unidad. Veámoslo.

II.

Antes del Cristianismo no existia sociedad: no podia llamarse tal el conjunto de elementos aislados y esparcidos por todas partes: no existia sociedad, porque faltaba unidad. No conociéndose ni siquiera las primeras nociones del deber y del derecho, la unidad moral, fundamento de toda otra unidad, era imposible: por esto existian soldados no ciudadanos; dominacion ó señorío, no gobierno; y de esta falta de unidad moral provenia otra falta de unidad mas tras-

[1] P. Lacordaire, Conf. sobre la *constitucion de la Iglesia.*

cendental todavía: antes del Cristianismo la sociedad no admitia la unidad mas gloriosa, la unidad de Dios.

Diciéndoos que se desconocia la unidad de Dios puedo dispensarme de añadir una palabra mas: yo os aseguro que donde se desconoce la unidad de Dios, es inútil buscar *unidad* en ningun sentido. Dios es principio de la vida; ¿puede ser una la vida cuando no es uno su principio? No lo puede; y aun he dicho poco: no solo es imposible que sea una la vida si no se reconoce la unidad de su principio, sino que hasta la vida es imposible faltando tal reconocimiento: hé ahí por qué la vida no estaba en el paganismo; el paganismo era un sistema de negaciones: su base era la idolatría: la idolatría es la negacion de Dios, y por consiguiente la negacion del órden de Dios emanado, y por consiguiente la negacion de la sociedad constituida por este órden, y por consiguiente, negacion de la familia reclamada por esta sociedad, y por consiguiente, negacion del hombre, elemento indispensable de la familia. Para obviar los males consecuentes al sistema de negacion universal, desarrollado por la negacion de la unidad, JESUCRISTO fundó el plan de su divina regeneracion en la *unidad*.

Vino á fundar la sociedad nueva sobre las ruinas de la antigua; y san Pedro, el primer pontífice, se declaró continuador de la obra de JESUCRISTO, exhortando á las naciones á publicar las grandezas de aquel que las sacó de las tinieblas á su luz admirable: «*Vosotros*, les «decia, *que antes ni siquiera érais pueblo, y ahora sois el pueblo de «Dios: Qui aliquando non populus, nunc autem populus Dei*[1].»

Y para realizar este prodigioso cambio, JESUCRISTO explicó el sistema conveniente: *Sed unos como mi Padre*, dijo, *sed unos para que reconozca el mundo que mi Padre me envió*. Así habló JESUCRISTO: de manera que dió tanta importancia á la unidad, que la declaró prueba convincente de la divinidad de su poder, de su doctrina y de sus instituciones. Dió mas importancia á la unidad de los discípulos, que el recuerdo de las curaciones y resurrecciones obradas por su palabra: no les encargó resucitaran muchos muertos, curaran muchos enfermos, cambiasen muchas montañas de lugar, sino que fuesen siempre unos: su encargo supremo fue que sus discípulos formaran *un* solo rebaño con un solo pastor: *¡con un solo pastor!* Hizo, pues, al pastor centro de la unidad: y si centro de la unidad, bien podemos decir centro de la sociedad. Y constituyó pastor de la sociedad al Sumo Pontífice: *Pasce oves;* hé ahí, pues, otra parte gloriosa del destino del Pontificado. Siendo centro de la sabiduría y del gobierno de todos los pueblos; siendo la piedra fundamental de la sociedad constituida segun la fe, la justicia y el amor, vino á coronar en el tiempo el desarrollo del plan de Dios, el cual «á fin de que «el pueblo paciera á la sombra de un solo pastor, le envió á Abra-

[1] I Petr. I, 10.

«han, primer autor de la sociedad fundada en la circuncision; á «Moisés, autor de la sociedad fundada en la ley; á los Jueces, auto«res de las sociedades fundadas en el culto del Dios uno, á diferen«cia de las sociedades idólatras; en fin, á los Profetas, destinados á «desviar del mal á los pueblos acercándoles á Dios[1].» Este plan constante de unidad fue completado, en efecto, proclamando JESUCRISTO la unidad de bautismo, la unidad de doctrina, la unidad de ley: pero para que no pareciera despótica esta unidad, representada y basada en la unidad de autoridad, JESUCRISTO dió á los hombres dos supremas garantías de justicia: una divina, otra humana.

La garantía divina está en la misma esencia de la institucion: la garantía histórica tiene su hipoteca en las mismas transacciones de los siglos: la primera es la promesa de la infalibilidad; la segunda la espontánea universalidad de los pueblos en aceptar la doctrina infalible. La primera se nos manifiesta confirmada en la consecuencia admirable de la palabra pontificia, jamás desmentida en el período de diez y nuevo siglos; la segunda en este movimiento cada dia ascendente de los pueblos dirigido á unir su *credo* al *credo* de la Santa Silla. La universalidad del asentimiento y la infalibilidad de la institucion son las bases de la unidad social establecida por el Pontificado.

Y no es menos interesante la igualdad de las jerarquías, de la que este poder es regulador: esta piedra, como os decia, no fue solo escogida de la tierra, sino que fue elevada sobre la tierra, de modo que constituye una verdadera montaña, cuya sombra domina las cumbres de las demás montañas, hasta las mas erguidas; un constante Sinai, desde el que se publica la ley indispensable para todos: para todos: ved ahí por qué el Pontífice que Dios ha llamado á aquella cumbre, á pesar de estar en ella tan elevado, como que es la cúspide de la coluna de la verdad, despues de haber dirigido al mundo las órdenes y los preceptos del Altísimo, desciende de su supremo rango, digámoslo así, y va á colocarse en la fila de los demás hombres, distinguiéndose de ellos solo por el lugar humilde que entre ellos escoge, pues se llama, no *siervo de Dios*, como los otros, sino *siervo de los siervos*.

Reasumamos: la Santa Silla ha tenido por destino histórico impedir que el hombre saliera de sí mismo para dominar á los demás; velar para la conservacion de la dignidad humana y de la dignidad social, declarándose contra todo despotismo que la degradara. De ahí el destino de la Santa Silla, rápidamente estudiado en su misma naturaleza, en la fórmula con que fue instituido, y en los siglos que le recibieron.

¿Qué os parece, hermanos? Si se pesan los principios que acabo de sentar, ¿podrá continuarse diciendo: que el Pontificado es viejo, que

[1] Cayetano.

su destino concluyó? Respondan sus enemigos. Yo he probado con calma, que el destino del Pontificado es salvar la dignidad humana y social haciendo posible la civilizacion: demostré que sin el Pontificado es indispensable la tiranía ó la anarquía, porque sin él, ni puede vivir la libertad, ni puede encontrarse la verdad ni la unidad.

Se acusa á los católicos de que declaman sin probar: «Discutid y «verémos,» se nos ha dicho: pues bien: aceptamos el reto; el Pontificado nos alienta á aceptarlo; es él que por órgano de san Pedro nos manda *estar prontos á dar satisfaccion á cualquiera que nos pida cuenta de la esperanza en que vivimos;* es él quien nos manda *hacerlo con modestia y circunspeccion, como quien tiene buena conciencia.*

Los enemigos han dicho: la filosofía de la historia sepultará la teología: en este campo no entrarán los teólogos. ¡Ah! se engañaron. Ya nos tienen en su campo. Por fortuna el Catolicismo domina la historia, y así cuanto mas se profundice la historia, mas se ensalzará la razon cristiana. Deseo, hermanos, que la ciencia filosófica de la historia se cultive, se popularice, cierto de que el dia en que el pueblo sea filósofo, aquel dia, dejad que use una palabra vulgar, aquel dia será *papista* y — modo *italianísimo* — aquel dia será *papellino*. Los argumentos que he insinuado — pues no me ha sido posible desarrollarlos — en este discurso, bien meditados probarán á los adversarios de las glorias pontificias, que en este punto es á ellos á quienes no conviene una discusion calmada y séria: de modo que, á pesar de ser yo jóven cadete en el ejército de la verdad, digo lo que siento, armado con la espada de la razon, — dejad que me dirija á ellos aunque no estén aquí, — armado con la espada de la razon católica no, no me espanta vuestra filosofía: cuando os veo con la tea en la mano me haceis temblar, cuando os veo con el argumento en los labios me haceis reir: quiere decir esto: podeis incendiar el mundo, convencerle, no.

El destino del Pontificado es, pues, semejante á tu destino, ó María; tu destino fue aplastar la cabeza de la serpiente, amparar el mundo con la sombra de tu manto, y presentarte ante las generaciones coronada de celestes virtudes: pues bien, tu figura es la de la Santa Silla.

Esta vió una serpiente que roia la dignidad humana y la aplastó: vió que los pueblos necesitaban proteccion, y extendió sobre ellos el manto de amorosas y caritativas instituciones: ella ha ostentado siempre una brillante corona de virtudes, semejante á esta corona de estrellas que realza la belleza de tu sien augusta, ó santa Vírgen: tu destino, Señora, fue ser casa de la sabiduría encarnada; el de la Santa Silla fue ser casa de la sabiduría perpetuizada: *Sapientia ædificavit sibi domum.*

El destino del Pontificado nos indica el carácter de su concepcion ú orígen, como la concepcion de María nos fue ilustrada por el estudio de su virginal destino.

III.

Mucho hay que considerar en la concepcion inmaculada de esta obra suprema: sobre ella voy á dirigiros algunas consideraciones, advirtiendo que ellas son mas bien dirigidas á vuestra piedad que á la razon incrédula, pues las apoyaré en un libro, que á pesar de contener los principios de toda ciencia y las leyes de toda sólida discusion, preciso nos es convenir que no obtiene la confianza de los extranjeros al reino de Dios. Á vosotros que creeis dirijo ahora exclusivamente la palabra.

La concepcion de María fue la primera piedra de la gran obra de la encarnacion del Verbo; el primer trabajo inmediatamente encaminado á la formacion de aquel sacrosanto cuerpo, templo vivo, que se abrió de par en par en el Calvario para que en él se refugiase la humanidad errante: la concepcion del Pontificado fue la primera piedra de este inmenso templo, la Iglesia cristiana, que construida segun el modelo del templo vivo, extiende sus bóvedas sobre el orbe todo, dilata, universaliza, perpetúa y socializa el refugio primitivo, proporcionado por la persona de Cristo.

Las entrañas de la Vírgen debian sostener la sabiduría personal, el Pontificado debia sostener la sabiduría secular del Cristianismo. Una y otra concepcion se nos presenta, pues, con todos los caractéres de un hecho culminante, distinguido en los planes de la divina Providencia. No extrañemos, pues, que estos dos hechos culminantes en la historia de la sabiduria de Dios hayan tenido su anuncio simbólico en los antiguos tiempos: yo vengo á estudiar los gloriosos símbolos de la concepcion y destinos pontificios en cuatro épocas: en la de la creacion, en la de los Patriarcas, en la de los Jueces, en la de los Reyes. Veámoslo:

Época de la creacion.

El Verbo crió en el principio todas las cosas: hizo la luz, dividió el mar de la tierra, cubrió la tierra de yerbas, flores y árboles, estableció el órden, y cuando todo estuvo preparado, en la víspera del dia del descanso, tomó un pedazo de fango é hizo el hombre, y lo hizo á su imágen, y lo colocó en el paraíso de los deleites, á las orillas del rio que brotando cercano al árbol de la vida recorria la tierra, la regaba, la fecundizaba. Como observais, todo fue allí digno, noble, puro.

Jesucristo vino cuando la tierra era un cáos; cuando estaba hueca de espíritu y las tinieblas del error la cubrian; pero predicó, enseñó, habló: *Dixit*, y fue hecha la luz de sus doctrinas, separó la doctrina de la luz de las doctrinas de las tinieblas, y estableció el órden cristiano, y la tierra hasta entonces seca la cubrió de bellos senti-